



Casamiento de Andrés Porrás CON MARIA PALIZA

HISTORIA, VIDA Y MILAGROS DE UN TUNANTE

Astros, cielo, sol y luna
se oscurecen por no ver
aquel retrato en mi casa
que yo tengo por mujer.

A la muerte da vergüenza
de llegarla á conocer;
los niños de mí se burlan
y los dementes también.

Todo el mundo me desprecia,
¡pobre y desgraciado Andrés!
Si á la mar fueras por agua
te vinieras sin beber.

En ningún reino me quieren,
en ningún pueblo estoy bien,
si á comprar voy á la plaza
nada encuentro que comer.

Quisiera estar en presidio
ó de verdugo en Jaén,
yo fuera contrabandista
ó en Cádiz trepamulé.

De peregrino yo iría
al mismo Jerusalén,
por buscar quien se la lleve
donde no la vuelva á ver.

Porque creo que la mato
aunque me ahorquen después.
¿Quién la quiere si se caga?
¡Válgame San Rafael!

Si yo mismo no la quiero
y con ella me casé,
¿quién se quiere volver cera
y verse como la pez?

Esto les pasa á los hombres
por causa del interés;
si ustedes me dan licencia
mi historia les contaré
para que tomen ejemplo
los que no tengan mujer.

Todos me escuchan atentos
sin mover manos ni piés,

ni sonarse las narices
ni toser por el revés.

Nací en Mairena, señores,
más arriba de Conchez,
fué mi madre señá Pide,
mi padre yo no sé quién.

Me crié con más fatigas
que un berrico pué tener;
fué mi oficio colillero
de tabernas y cafés,
pero salí un cifá
de los buenos para comer.

Entré en quinta, fui soldado
en un batallón de á pié,
y me encontré todos los palos
perdidos en el cuartel.

En un tambor boca abajo
tres veces me dieron cien,
del calabozo y el cepo
por milagro salí bien.

No estuve en más hospitales
que en el Cádiz, Teruel,
el de Pamplona y Valencia,
el de Cuenca y Santander.

El de Sevilla y Granada,
en Córdoba me curé,
el de Murcia y Alicante,
el de Madrid y Aranjuez,
y otros diez ó doce ó quince
que sus nombres no los sé.

Tan buena traza me di
que mandó mi coronel
que me dieran la licencia,
que no me quería ver.

Llegué á mi casa muy bueno
para si había que comer,
me enamoré de una vieja,
tía de Matusalém,
abrevié mi casamiento,
no sé si me amonesté.

Fuí á la iglesia y me leyeron
un pedazo de papel
de un diario, y me dijeron:

—Ya está usted casado, Andrés.

Nos salimos de la iglesia
y en la gente reparé,
un estruendo de cencerros,
de calderos y almirez.

La campana de la torre
creo llevaban también,
los demonios parecían,
pero la causa no sé.

La suerte de no matarla

fué que escapé yo á correr,
me metí en mi casa, y ella
acudió al necesé.

A la noche fué llorando,
pero yo la consolé
cenando unas poleas
con dos cuartillos de miel.

Mandé que hicieran la cama
y al punto que en ella entré,
como aquel que tiene sarna
á dos manos me rasqué.

¡Vaya un modo de picar!
Cada pulga como una nuez,
y de las blancas, con rabo
lo mismo que un alfiler.

Viene mi esposa á acostarse,
se enrosca como un chusquel,
y eu las patas más arrugas
que minutos tiene un mes.

Parecía su espinazo
una escalera de piés,
y disimulé mi pena
hasta que dieron las tres.

Principió á cagar, pa ella,
ahora si que truena bien,
cagó cama y cobertera,
sala, alcoba, y la saqué
al corral medio arrastrando
y cagó hasta la pared.

Cagó cocina y el patio
y el pozo cagó también,
si no la saco y la tiro...
á la calle me marché.

Salgo al campo renegando
de la leche que mamá,
allí me estuve tres días
pensando lo que iba á hacer.

Llegan los guardias civiles,
me amarran con un cordel,
y me llevan á Mairena
á disposición del juez,
el cual me da por sentencia
me junte con mi mujer,
y que me echaría á un presidio
como la deje después.

Con política me dijo:
—Si no se caga, está bien,
pero si no, la revientas
á palos y á puntapiés.

Me fui á mi casa ligero,
me junté con mi mujer,
pero la ato en el corral
y allí la doy de comer.

No hay mal que por bien no venga, pero la panza anda bien;
ahora pienso vender cien así pasé yo mi vida,
carros de estiércol á duro, porque han de saber ustedes,
que los llenara en un mes. que el que nace desgraciado
hasta morir lo ha de ser.
Estercola prado y viña Y á mis oyentes les digo
sin levantarse de piés, el casamiento de Andrés,
vivo en lujo como quiero, aquel que quiera saberlo
aprender á casarse bien. cinco céntimos vale el papel.

JOTA DE LOS RATAS

Yo soy el rata primero,
y yo el segundo y yo el tercero;
cuando más nos persigue
la autoridad,
es cuando más tranquilos
timamos más;
á muchos parece
que nuestra carrera
sin grandes estudios
la sigue cualquiera;
pues verán ustedes
lo que es más preciso
para ser licenciado sin ir á presidio;
para empezar la carrera
hay que tener vocación,
yendo una vez tan siquiera
á ponerse el capuchón,
porque allí tan solo
se puede apreciar
lo que vale luego tener libertad;
pero en saliendo
siempre gritó yo:
¡Vivan las cadenas!
si parecen buenas y son de reloj.

Nuestra fé de bautismo
la tiene el cura del Saladero;
cuando nos hecha mano la policia
estamos seguros que es para un día.
No crean que es guasa,
que sucede así;
jugamos al juego de entrar y salir,
y al que pestañea le hacemos saber
que aquel que más mira

es quien menos ve.
En los riperst y tranvías,
y en donde se halla ocasión,
damos funciones gratuitas
de prestidigitación;
no hay portamonedas
que seguro esté
cuando lo diquela
uno de los tres;
y si cae un primo
que tenga metal,
se le da el gran timo, aunque sea
el primo un primo carnal.

Yo empecé mis estudios
de una manera que ustedes verán:
Anduve por las calles
vendiendo arena,
y sin comer pasaba la cuarentena;
como es consiguiente
me acuerdo que un día
entré en una tienda
por ver lo lo que había;
estaba el tendero
con gran distracción,
á una media vuelta
le limpié el cajón;
antes de hacer la carrera
he tenido oficios mil,
anduve con un piano
por las calles de Madrid;
si en alguna casa
nos suelen llamar
para dar un baile,

vamos á tocar;
y si por descuido
nuestros ojos ven
algo que hay mal puesto,
mientras ellos bailan
lo ponemos bien.

—
Todo el que pesa y mide
cómo se arreglan no lo sé yo,
empiezan con tres cuartos
y al poco tiempo
engordan sin vergüenza
de un modo atroz;
no crean ustedes
que sirve cualquiera
para comerciante,
y menos de horteras;
porque es necesario
para esta cuestión, no tener
conciencia ni buen corazón;
para ser un buen tendero
hay que tener ligereza
y las uñas afiladas
y en la espalda la vergüenza;
y á las parroquianas
con zalamerías,
cobrarlas el doble
por las mercancías;
me atrevo á apostar
sin vacilación,
que no hay un tendero
en la cárcel nueva con el capuchón.

—
Hay ratas de primera,
y de segunda y de tercera;
al que roba por miles es muy sabido
qué en esta nación culta
es protegido;
á muchos conozco
de guante y sombrero,

y seles respeta como á un caballero.
Solo se persigue en la población
al rata que lleva blusa y pantalón;
el que quiera divertirse
venga á la corte y verá,
que aquel que roba por vicio
es quien más tranquilo está.
Viva nuestra España
que es tierra elegante,
donde solo viven
los que gastan guante;
es país bonito,
vente y lo verás,
que estoy segurito
y muy segnrito que te gustará.

—
Yo conozco á un ratero
que ha poco tiempo se ha retirao,
por sus bellos servicios de Saladero
en un alto destino le han colocao;
en algo comprendo que tiene razón
porque hay un refrán
que bien lo sé yo;
si alguno lo ignora
ya se lo advertimos,
que no hay mejor cuña
que del palo mismo.
Jesús, qué bonito es eso,
cuánto me divierte á mí,
el que sirve al rey se muere,
más vale servir allí;
que de allí tan solo
se puede sacar
sin grandes esfuerzos
una credencial.
¡Viva la alegría!
madre, qué ilusión,
para ser empleado
solo se consigue con el capuchón.

FIN